

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. ( Un Mes..... 1 peseta.  
 Trimestre..... 2.50  
 Año..... 10 )

Nada de cientos ni miles del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales que toros y generales.

Las empresas ferroviarias tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. ( Un Trimestre..... 3 pesetas.  
 Semestre..... 6  
 Año..... 12 )

Más pan y más azadones que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 4.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

En las localidades en que este periódico desaparezca, no vaya á creerse HA MUERTO, sino que los corresponsales, haciendo de CAMACHOS, no entienden de números y..... callamos lo restante por omisión.

DON QUIJOTE vivirá hasta el fin de los siglos, pues le protege El Padre Eterno, con sus tres potencias.

Señores corresponsales: estamos á fin de mes, y tarará, esta trompeta no anuncia el Juicio final, pero sí la hora de pagar (que viene á ser lo mismo).

EL PRESIDENTE

Dice bien la prensa ministerial: nunca ha reinado mayor bienestar que ahora.

La dicha que disfrutamos se refleja en el Congreso todas las tardes. Los diputados se aman entre sí y se dirigen piropos. La mayoría, compacta, como la carne de membrillo, camina desembarazadamente por la senda del presupuesto, salpicada de flores y de embutidos.

De cuando en cuando se reciben noticias alarmantes de Jerez, de Málaga y de Bilbao; el pan sube, la Bolsa baja y la industria perece....

Pero D. Antonio celebra banquetes en honor de los académicos de la Historia, y en sus ratos de ocio se dedica á la versificación galana y fluida.

Ahora está escribiendo una elegía dedicada á su suegro, con motivo de un grano que le ha salido á éste en las cercanías del abdomen.

La composición empieza así:

«El llanto baña mi semblante pío,  
 ilustre papá mío,  
 al ver que el hado insano  
 hizo en tu vientre germinar un grano.»

Para D. Antonio la vida es un conjunto de placeres sin fin. El tiene quien le halague, quien le elogie y quien le bese. Ayer llegó de provincias un presidente de comité y lo primero que hizo fué estampar en su fisonomía un ósculo tierno.

D. Antonio se ruborizó y el provinciano dijo:

—No he podido contenerme. ¿Quién puede permanecer tranquilo ante esa faz que envidiaría una silfide?

Para otro que no fuese él, los escándalos parlamentarios, las noticias alarmantes y el desbarajuste que reina en el orden administrativo, quebrantarían su ánimo y arrugarían su faz. Hay quien dice que, de algunos meses á esta parte, D. Antonio, más que jefe de una agrupación poderosa, es una figura de barro cocido.

Dice él que vivimos en el mejor de los mundos y toma todas las noches el sabroso chocolate, regalo de un conservador de comestibles y senador vitalicio, con la placidez del hombre que está satisfecho de su obra.

—¿Está claro?—se le pregunta.

—¡Pebot!—contesta él—no me fijo en eso. ¿Cómo quiere usted que descienda á estos detalles de Angel Muro?

Un carácter así es una lotería.

No hay sastre á quien D. Antonio le haya devuelto unos pantalones, ó una levita, ó un chaleco. El todo lo encuentra ajustado á la medida.

Dícese que en cierta ocasión se puso equivocadamente un chaqué de Martín Esteban, el acaudalado obeso de la mayoría. Y no notó las sobras de material.

—Pero, ¡D. Antonio!—le dijo Vallejo Miranda—¿Qué traje es ese?

—Lo ignoro—respondió el jefe ilustre de la conservaduría.

Y se puso á fumar pitillos, hechos por Villaverde, que es una especialidad en esta clase de labores.

—El día menos pensado—nos decía una persona de la intimidad de D. Antonio—coge el felpudo de la escalera y se lo pone, creyendo que es el gabán de pieles. Ya no se fija en nada, y lo único que hace es divertirse todo cuanto puede. Hay quien le ha visto en el baile de la Incógnita, del brazo de una cantinera. La otra noche estuvo con Emilio Bravo bebiendo manzanilla en la Sanluqueña.

¿Que hermoso debe ser el mundo, visto desde la altura do se asienta la personalidad desdeñosa y olímpica de D. Antonio!

Para él todos los días amanecen puros y serenos.

Ni le alarman las manifestaciones anarquistas, ni le preocupan las quejas de los pretendientes desairados.

—¡A mí se me ha pospuesto!—grita uno que aspiraba á ser gobernador.

—¿A usted?—pregunta D. Antonio.

—Sí, señor; yo estaba muy recomendado; y el mismo Eldrayen me había dicho que me pasara por su casa de cuando en cuando para tenerme presente. La última vez que estuve, me mandó por una cajetilla, y ya creí que bastaría esto para que me diese la credencial.

—Bueno, bueno, no me gusta saber lástimas. No quiero conmovirme, ni sufrir, ni acordarme siquiera de que tengo callos.

—¡Ah! ¿Pero tiene usted callos?

—Sí, tengo uno que parece una castaña pilonga.

—¿Quiere usted que se lo corte?

—No; todas las mañanas viene á raspármelo un senador por derecho propio.

—¿Qué honra para su familia!

¡Buena diferencia entre este y aquel D. Antonio de otros tiempos!

Parece que fué ayer cuando declaraba cesante al gobernador de Madrid, y dirigía la nave del Estado con varonil entereza, y regañaba á Martínez Campos, por revoltoso, y le tiraba de las orejas á Villaverde, porque andaba con amoríos.

Hoy sólo piensa en asistir á los bailes de las condesas y al Real; y cuando se le pregunta:

—¿Es cierto que no pueden realizarse las proyectadas economías?—Contesta distraidamente:

—¡Hombre! La Paccini va á cantar la *Sonámbula*. ¡Me alegro!

—¿Será verdad que el anarquismo piensa levantar la cabeza en Calatayud?

—Lo que se sabe fijamente—contesta él—es que el *Espartero* está contratado para la temporada próxima. Un presidente así, da gusto.

La subida del pan.

Vaya usted á decir á Linares Rivas que se ha subido el pan.

Es decir, no vaya usted, porque le volvería la espalda con desprecio.

¿Qué le importa eso á Linares Rivas?

—Allá Bosch, dirá él, que ha sido presidente de la Sociedad Económica, y que, por consecuencia, debe saber comprar los comestibles con economía y aseo.

Bueno, pues vaya usted á Bosch.

Lo probable es que no pueda recibirle, porque se estará probando el traje de ministro á ver si se le queda estrecho, ó copiándole una receta para los sabañones al criado de Romero, ó conferenciando con el comité reformista de Villacabrito...

Pero, aunque le reciba, ¿qué le va usted á contar á Bosch que él no sepa?

Como que la primera noticia se la dieron los mismos panaderos, antes que á nadie.

¡Y bueno se puso él!

Empezó á hablar, á hablar, y luego siguió hablando, y después lo mismo, que tuvo el secretario que sentarle de golpe en la butaca á ver si se le acababa la cuerda, mientras los ordenanzas sacaban á los comisionados y los llevaban á la Casa de Socorro.

Pero no paró en esto.

En seguida, porque es un hombre incansable, redactó un suelto para *La Correspondencia*, diciendo que iba á hacer y iba á acontecer, y que de él no se reía nadie más que Cánovas, que le había pasado el ministerio por los labios, y que no se subiría el pan sin que los tahoneros pasaran antes por encima de su cadáver... Por cierto, que en el calor de la improvisación, se llamó eminente hombre público, creyendo que hablaba de Bergamín, que tampoco es eminente, aunque sí malagueño.

Después se fué á su casa tranquilo.

Y cuando leyó el suelto en *La Correspondencia*, escribió una carta á Mellado—el defensor de la fe de nuestros mayores—dándole gracias por las benévolas, aunque inmerecidas frases que le dirigía.

Al día siguiente se encaró el pan.

Y Bosch reunió el Ayuntamiento, y pronunció tres ó cuatro discursos, y escribió otros dos sueltos para los periódicos ministeriales.

Sin duda creyó que eran pájaros los panecillos.

Y quería hacerlos bajar con reclamos.

Al tercer día... descansó.

Y el pan por las nubes.

Pero vaya usted á decirselo.

Le contestará de seguro:

—Pero, hombre, ya hace mucho que está ese precio, y yo no quiero alterar las costumbres.

Las economías.

Nada, que es necesario salvar la Hacienda, y eso no hay quien lo intente ni quien lo entienda.

Todos los gobernantes y gobernados, unos contentos y otros desesperados, para salvar la Hacienda tienen sus planes, fruto de mil vigiliass y mil afanes; pero resulta, al cabo, que todos ellos se tachan en conjunto de descabellos, porque el país observa que paga y paga, y las economías no hay quien las haga.

Ciertamente, lectores, el caso es serio, y hay que ver los apuros del Ministerio.

¿Dónde mete la pluma sin que provoque una protesta fiera de rey ó Roque?

¡La lista civil?... ¡Cielos!

¡Qué desvario!

¡Ni aunque fuera en España lo tuyo mío!

Veamos del monarca por el decoro,

aunque al país le cueste torrentes de oro.

¡Jamás escatimemos

unos millones